

# INFANCIA

MAKSIM GORKI

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE ENRIQUE MOYA CARRIÓN



TÍTULO ORIGINAL: Детство

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.  
Españoleto 4, 2º Izq - 28010 Madrid

info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

© Maxim Gorky estate.  
© de la traducción, Enrique Moya Carrión 2011  
© del prólogo, Paul Viejo 2012  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U 2012  
© de la ilustración de cubierta, Natalia Zaratiegui 2011  
Esta publicación se ha realizado con la colaboración de ELKOST Intl. Literary Agency

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:  
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-00-4  
DEPÓSITO LEGAL: B 2012 - 1711

Diseño editorial: Álvaro Pérez D'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Febrero de 2012

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos, y la distribución de ejemplares por préstamo público o alquiler.

*Dedicado a mi hijo*



I

Sobre el suelo de una umbría y angosta habitación, al pie de una ventana, yace mi padre cuan largo es y vestido de blanco. Los dedos de sus pies descalzos están extendidos de un modo extraño, mientras que los dedos de sus cariñosas manos, que reposan serenamente sobre el pecho, están encogidos. Sus ojos vivaces están cubiertos en su totalidad por las esferas negras de unas monedas de cobre. Su rostro bondadoso ha adquirido un aspecto sombrío y me asustan esos dientes que se asoman con aire siniestro.

Mi madre está de rodillas a medio vestir, con una falda roja, peinando los largos y finos cabellos de mi padre desde la frente hasta la nuca con un peine negro con el que a mí me gustaba aserrar las cáscaras de las sandías. Mi madre, con voz profunda y ronca, repite algo sin cesar. Sus ojos grises están hinchados y parece que fuesen a licuarse bajo las enormes gotas de lágrimas derramadas.

Me tiene cogido de la mano mi abuela: redonda, cabezuda, con enormes ojos y nariz grotesca y porosa. Toda ella es negra, blanda y sorprendentemente interesante. Ella también llora, como dándole acertada y rítmicamente la réplica a mi madre, se estremece por completo y tira de mí empujándome hacia mi padre. Yo me niego, me escondo detrás de ella. Tengo miedo y me siento incómodo.

Yo nunca había visto a los mayores llorar y no comprendía las palabras que pronunciaba mi abuela una y otra vez:

—Despídete de tu papá, nunca más volverás a verlo, ha muerto, el pobre, antes de tiempo, antes de que llegase su hora...

Yo había estado enfermo de gravedad y apenas acababa de recuperarme. Durante mi enfermedad —bien lo recuerdo— mi padre se entregó jovialmente a mis cuidados para, a continuación, desaparecer de pronto y ser sustituido por mi abuela, una persona un tanto peculiar.

—Y tú, ¿desde dónde vienes caminando? —le pregunté yo.

Ella respondió:

—¡Vengo de arriba, de Nizhni<sup>1</sup>, pero no vengo caminando, vengo navegando! ¡Por el agua no se camina, demonio!

Aquello me hacía gracia aunque, al mismo tiempo, me resultaba incomprensible: arriba, en nuestro edificio, vivían unos persas barbudos y curtidos y en el sótano un viejo y amarillento calmuco vendía zamarras de cordero. Por la escalera se podía uno deslizar a caballito sobre la barandilla o, si te caías, bajar rodando de cabeza, lo cual yo ya sabía muy bien. Pero, entonces, ¿qué pintaba allí el agua? Todo resultaba confuso y cómicamente embrollado.

—¿Y por qué soy un demonio?

—Porque metes ruido —dijo ella riendo.

Ella hablaba con cariño, de un modo alegre y agradable. Desde el primer día había congeniado con ella y ahora sentía la necesidad de que saliese conmigo cuanto antes de aquella habitación.

Mi madre me cohíbe. Sus lágrimas y gemidos han encendido en mí un desconocido sentimiento de desasosiego. Es la primera vez que la veo así. Siempre era tan estricta, hablaba tan poco. Ella es limpia, llamativa y grande como un caballo. Tiene un cuerpo recio y una fuerza tremenda en las manos. Sin embargo, ahora se ha hinchado desagradablemente, está

---

1 Nizhni quiere decir inferior o de abajo y se refiere a Nizhni-Nóvgorod o Nóvgorod de Abajo. De ahí la estupefacción del niño. Entre 1932 y 1990 pasó a denominarse Gorki.

despeinada y lleva todo desgarrado. Los cabellos que antes adornaban su cabeza con pulcritud, como un gran gorro luminoso, se desmoronan ahora sobre su hombro desnudo, le caen por delante del rostro, y la mitad de ellos, sujetos en una trenza, penden tropezando con el rostro dormido de mi padre. Yo ya llevaba algún tiempo en la habitación y, sin embargo, ella no me había mirado ni una vez: seguía peinando a mi padre al tiempo que gemía ahogándose en sus propias lágrimas.

Desde la puerta observaban unos campesinos negros y un guardia local. Este gritó, enojado:

—¡Recoged rápido!

La ventana, vestida con un visillo oscuro, se infló como una vela. Una vez, mi padre me llevó en una barca de vela. De repente, bramó un trueno. Mi padre se echó a reír, me apretó con fuerza contra sus rodillas y gritó:

—¡No temas nada, Luk!

De pronto, mi madre se levantó a duras penas del suelo aunque, de inmediato, volvió a sentarse y se derrumbó sobre su propia espalda, haciendo que sus cabellos se despararramaran por el suelo. Su rostro ciego y blanco se azuló y, mostrando los dientes del mismo modo que mi padre, dijo con voz amenazadora:

—¡Cerrad la puerta! ¡A Alekséi lleváoslo fuera!

Apartándome de un empujón, la abuela se arrojó hacia la puerta y comenzó a gritar:

—¡Queridos, no temáis, dejad todo tal como está, salid, por Jesucristo! ¡No se trata del cólera, se le ha presentado el parto, tened compasión, padrecitos!

Me escondí en un oscuro rincón detrás de un arcón desde donde observaba cómo mi madre se retorció por el suelo, gimiendo y haciendo crujir los dientes, mientras la abuela,

deambulando a su alrededor, decía con cariño y alegría:

—¡En nombre del Padre y del Hijo! ¡Aguanta, Variusha! ¡Virgen Santísima, vela por nosotros!

Yo estaba aterrorizado. Ellas trajinaban en el suelo junto a mi padre, tropezaban con él, gemían y gritaban mientras él, que permanecía inmóvil, parecía sonreír. El alboroto en el suelo se prolongó por mucho tiempo. En más de una ocasión, mi madre se incorporó sobre sus piernas pero, acto seguido, volvía a caer. La abuela salió rodando de la habitación, como una gran bola negra y blandita. Poco después resonó de pronto en la oscuridad el llanto de un bebé.

—¡Alabado seas, Señor! —dijo la abuela—. ¡Un niño!  
Y encendió una vela.

Yo debí quedarme dormido en aquel rincón, pues no me acuerdo de nada más.

La siguiente imagen que conservo en mi recuerdo es un día lluvioso y el inhóspito rincón de un cementerio. Estoy de pie sobre un escurridizo montículo de tierra viscosa y contemplo la fosa adonde han bajado el ataúd de mi padre. En el fondo de la fosa hay mucha agua y también algunas ranas. Dos de ellas ya se han encaramado a la tapa amarilla del ataúd. Junto a la tumba estamos mi abuela, un guardia local empapado, dos campesinos enfadados con unas palas en las manos y yo. Sobre todos nosotros arrecia una cálida lluvia, tan menuda como cuentecillas de vidrio.

—Cierra la fosa —dijo el guardia local mientras se alejaba.

Mi abuela comenzó a llorar, sirviéndose de un extremo del pañuelo que cubría su cabeza para ocultar su rostro. Los campesinos, encorvados, empezaron a echar apresuradamente tierra en el hoyo. La tierra chapoteaba en el agua. Saltando desde el ataúd, las ranas se arrojaban contra las paredes de la fosa, pero las paladas de tierra las devolvían al fondo.



—Vámonos, Lionia —dijo la abuela agarrándome por el hombro. Yo me zafé de su brazo: no quería irme.

—¡Sea como tú quieras, Señor! —se quejó mi abuela, puede que de mí, puede que de Dios, y permaneció largo tiempo en pie y en silencio con la cabeza gacha. La tumba ya había sido nivelada con el suelo y ella permanecía allí, en pie.

Los campesinos golpeaban sonoramente la tierra con las palas. El viento se levantó y se llevó la lluvia, expulsándola de allí. La abuela me cogió de la mano y me condujo hasta una apartada iglesia rodeada por multitud de cruces oscuras.

—¿Y tú, no vas a llorar? —preguntó ella conforme atravesaba el cercado—. ¡Deberías llorar!

—No tengo ganas —dije yo.

—Pues cuando no se tienen ganas, no es necesario —repliqué ella con serenidad.

Todo aquello era asombroso: yo lloraba poco y solamente de rabia, nunca a causa del dolor. Mi padre siempre se reía de mis lágrimas y mi madre me gritaba:

—¡No te atrevas a llorar!

Después fuimos en *drozhka*<sup>2</sup> por una calle ancha y muy sucia flanqueada por casas de un oscuro color rojizo. Pregunté a mi abuela:

—¿Entonces las ranas no conseguirán salir?

—No, ya no saldrán —respondió ella—. ¡Que Dios las ampare!

Ni mi padre ni mi madre pronunciaban con tanta frecuencia ni familiaridad el nombre de Dios.

Transcurridos unos días, la abuela, mi madre y yo nos encontrábamos a bordo del pequeño camarote de un vapor. Mi hermano recién nacido, Maksim, había muerto y yacía en un rincón de la mesa envuelto en una sábana blanca sujeta

---

2 Coche ligero de cuatro ruedas

por una cinta roja.

Encaramado a unos paquetes y baúles, miro por la ventana, convexa y redonda como el ojo de un caballo. Tras el cristal mojado se desliza sin fin el agua turbia y espumosa. En determinadas ocasiones, al levantarse, llega a lamer el cristal. Salto con desgana al suelo.

—No tengas miedo —me dice la abuela y, cogiéndome sin aparente esfuerzo con sus blandas manos, me devuelve otra vez a lo alto de los paquetes.

Sobre el agua se cierne una niebla gris y húmeda. Aún lejos, en algún lugar, se vislumbra la tierra oscura que, una y otra vez, desaparece bajo la niebla y el agua. Todo tiembla a nuestro alrededor. Solo mi madre, tras poner las manos detrás de la cabeza, permanece de pie apoyada contra la pared, firme e inmóvil. Tiene el rostro oscuro, férreo y desdibujado, y los ojos herméticamente cerrados. Guarda silencio todo el tiempo y toda ella parece otra, alguien nuevo. Incluso su ropa me resulta desconocida.

En más de una ocasión, la abuela le dijo con dulzura:

—Varia, deberías comer algo, un poco, ¿eh?

Ella callaba y permanecía inmóvil.

La abuela habla conmigo en voz baja y con mi madre en un tono más elevado, pero lo hace poco, con prudencia y cierto reparo. Me parece que tiene miedo de mi madre. Eso me resulta comprensible y es algo que me acerca aún más a la abuela.

—Sarátov —dijo mi madre en un tono inesperadamente alto y severo—. ¿Dónde está el marinero?

Sus palabras eran chocantes y extrañas: Sarátov, marinero.

Entró un hombre ancho y canoso vestido de azul con un pequeño cajón en las manos. La abuela lo cogió y se dispuso

a introducir en él el cuerpo de mi hermano, lo colocó allí y se lo llevó hacia la puerta con las manos extendidas pero, gorda como estaba, solo hubiera sido capaz de atravesar la estrecha portezuela del camarote de costado, por lo que se quedó ridículamente consternada ante ella.

— ¡Vamos, mamá —le gritó mi madre, le quitó el ataúd de las manos y ambas desaparecieron. Yo me quedé en el camarote examinando al hombre de azul.

— ¿Qué, se ha ido tu hermanito? —dijo él arrodillándose ante mí.

— ¿Tú quién eres?

— Un marinero.

— Y Sarátov, ¿quién es?

— Una ciudad. Mira por la ventana, está ahí.

Tras la ventana se movía la tierra. Oscura y abrupta, la niebla la hacía humear asemejándola a una gran rebanada de pan recién cortada de la hogaza.

— ¿A dónde ha ido mi abuela?

— A enterrar a su nieto.

— ¿Lo van a meter bajo tierra?

— ¿Cómo no? Claro que lo van a meter bajo tierra.

Le conté al marinero cómo sepultaron vivas a las ranas al enterrar a mi padre. Él me cogió en brazos, me estrechó con fuerza y me dio un beso.

— ¡Bueno, hermano, tú aún no entiendes ciertas cosas! —dijo él—. No es necesario compadecerse de las ranas, el Señor lo hará ¡Compadécete de tu madre, mira cómo la ha golpeado la desgracia!

Algo comenzó a zumbiar y aullar sobre nosotros. Yo ya sabía que se trataba del vapor y no me asusté, pero el marinero me dejó apresuradamente en el suelo y se lanzó afuera, diciendo:

—¡Es hora de salir corriendo!

Entonces, a mí también me entraron ganas de correr. Salí del camarote. En la penumbra del estrecho pasillo no había nadie.

Cerca de la puerta relucían las placas de cobre sobre los peldaños de una escalera. Al echar un vistazo a lo alto, vi pasar a algunas personas con alforjas y paquetes en las manos. Estaba claro que todos estaban bajando del vapor, lo cual significaba que yo también debía bajar.

Pero cuando me encontré, junto al resto de los hombres, pegado a la borda del vapor, delante de la pasarela que conducía a la orilla, todos empezaron a gritarme:

—¿De quién es? ¿De quién eres?

—No sé.

Durante un largo rato estuvieron empujándome, sacudiéndome, palpándome. Al final apareció el marinero canoso y, tras aclarar todo, me agarró:

—Es de Astracán, del camarote...

Me bajó a la carrera al camarote, me metió entre los paquetes y se marchó, amenazándome con el dedo:

—¡Te voy a tener que dar!

El ruido en cubierta era cada vez más imperceptible, el vapor ya no vibraba ni retumbaba sobre el agua. La ventana del camarote estaba cubierta por una especie de tabique húmedo. Estaba oscuro, el ambiente era sofocante, los paquetes parecían haberse agrandado hasta arrinconarme y todo resultaba incómodo. ¿Era posible que me hubiesen dejado solo para siempre en aquel vapor vacío?

Me acerqué a la puerta. Esta no se abría: no había forma de hacer girar el picaporte de cobre. Cogí una botella de leche y, con todas mis fuerzas, la golpeé contra el picaporte. La botella se hizo añicos, la leche corrió por mis piernas e hizo

balsa en mis botas.

Afligido por el fracaso, me tumbé sobre los paquetes, comencé a llorar en silencio y, entre lágrimas, me quedé dormido.

Cuando me desperté, el vapor retumbaba y vibraba de nuevo y la ventana del camarote ardía como el sol. La abuela, sentada a mi lado, se alisaba el cabello y fruncía el ceño, cuchicheando algo. Tenía el pelo especialmente abundante, sus tupidos cabellos le cubrían los hombros, el pecho, las rodillas y se arrastraban por el suelo, negros con irisaciones azules. Levantándolos del suelo con una mano y sosteniéndolos así en vilo, introducía laboriosamente en las gruesas madejas un peine de madera de pocas púas. Sus labios se curvaban, los ojos oscuros brillaban enojados y su rostro entre aquella mata de pelo se antojaba pequeño y ridículo.

Hoy parecía estar enfadada, pero cuando le pregunté por qué tenía el pelo tan largo, ella me respondió con la voz cálida y suave del día anterior:

—Al parecer, el Señor me lo dio como castigo, ¡a ver si puedes tú peinar a estos malditos! ¡De joven presumía de mi melena y, en la vejez, la maldigo! ¡Pero tú duermes! Aún es temprano, nuestro solecito apenas se acaba de levantar...

—¡Ya no quiero dormir más!

—Bueno, pues no duermas —convino ella de inmediato mientras se hacía una trenza y contemplaba el sofá donde, boca arriba y extendida cuan larga era, reposaba mi madre—. ¿Cómo rompiste ayer la botella? ¡Habla bajito!

Ella hablaba como si cantase, de modo que sus palabras arraigaban con facilidad en mi memoria, como si se tratasen de flores, tan adorables, radiantes y vivaces. Cuando sonreía, sus pupilas, oscuras como guindas, se dilataban estallando en una indescriptible y agradable luz, su sonrisa desnudaba con

alegría los dientes blancos y fuertes y, a pesar de la cantidad de arrugas de la piel morena de sus mejillas, el conjunto de su rostro lucía joven y radiante. Lo estropeaba mucho aquella nariz porosa de exageradas ventanucas y roja en la punta. Aspiraba rapé de una tabaquera negra adornada en plata. Toda ella era oscura y, no obstante, irradiaba desde el interior a través de sus ojos una luz inextinguible, alegre y cálida. Estaba encorvada, casi jorobada, muy corpulenta, pero se movía con soltura y destreza, como un gato grande, y era tan suave como este cariñoso animalillo.

Hasta entonces era como si yo hubiese estado durmiendo, escondido en la oscuridad, pero apareció ella, me despertó, me sacó a la luz, tejió todo a mi alrededor con un hilo irrompible, adornó todo con un encaje multicolor y, de una vez por todas, se convirtió para toda mi vida en la amiga más cercana de mi corazón, en la persona más allegada y querida, y su desinteresado amor por el mundo me enriqueció, colmándome de una fuerza poderosa para encarar las adversidades de la vida.

Hace cuarenta años los vapores navegaban despacio. Nuestra travesía hasta Nizhni se prolongaba enormemente y recuerdo bien aquellos primeros días de saturación de belleza.

Había llegado el buen tiempo. Desde la mañana hasta el atardecer la abuela y yo permanecíamos en cubierta, bajo el claro cielo, rodeados por el otoño dorado y las orillas del Volga bordadas en seda. Sin apresurarse, haciendo retumbar perezosa y sonoramente las paletas en el agua azul grisácea, se arrastraba río arriba el vapor de color rojo claro seguido de una barcaza unida a él por un largo cable.

La barcaza gris se parecía a una cochinilla. Imperceptiblemente, el sol navegaba sobre el Volga. A cada instante a

nuestro alrededor todo era nuevo, todo cambiaba. Las verdes montañas eran como pliegues pomposos sobre el opulento ropaje de la tierra. Sobre las orillas se alzaban ciudades y aldeas que, desde la lejanía, parecían de melindre. La dorada hoja otoñal navegaba sobre las aguas.

—¡Mira qué belleza! —decía a cada minuto la abuela yendo de una borda a la otra mientras toda ella refulgía y sus ojos se agrandaban de alegría.

A menudo, ella, sin poder apartar la vista de la orilla, se olvidaba de mí: permanecía de pie junto a la borda, con las manos cruzadas sobre el pecho, sonriendo en silencio y con lágrimas en los ojos. Yo le tiraba de la falda oscura de tela estampada de flores.

—¿Eh? —se estremecía ella—. Me he debido quedar traspueta, reviviendo un sueño.

—¿Y por qué lloras?

—Es, querido, por culpa de la alegría y la vejez —decía ella sonriendo—. Ya estoy vieja, más de sesenta primaveras llevo recorridas.

Y, tras aspirar un poco de rapé, empezó a contarme curiosas historias sobre bandoleros buenos, personas santas, sobre toda clase de fieras y sobre una fuerza maligna. Narraba sus cuentos en voz baja, adoptando un tono de misterio, inclinándose hacia mi rostro, escudriñando mis ojos con sus pupilas dilatadas como si vertiese en mi corazón una fuerza que me excitaba. Hablaba como si cantase y, a cada instante, sus palabras sonaban mejor. Escucharla era inexplicablemente agradable. La escuchaba y le pedía:

—¡Otro!

—Pues mira, así es como sucedió. Estaba sentado junto a la lumbre un *domovóv*<sup>3</sup> viejecito, se le habían clavado unos fideos

---

3 Duende protector de los hogares rusos. Más adelante se refieren a él como domovik.

en una pata y se tambaleaba, gimoteando: «¡Oh, ratoncitos, duele, oh, ratones, no lo puedo soportar!».

Levantando una pierna, se la agarró con ambas manos, la balanceó en el aire y arrugó cómicamente el rostro como si fuese a ella a quien le doliera.

De pie, alrededor, unos marineros —hombres barbudos y cariñosos— escuchaban, reían, la alababan y le pedían también:

—¡Vamos, abuela, cuenta otro más!

Después dijeron:

—¡Venga a cenar con nosotros!

Durante la cena, a ella la agasajaron con aguardiente y, a mí, con sandías y melones. Todo esto a escondidas: en el vapor viajaba un hombre que prohibía comer fruta, la confiscaba y la echaba al río. Iba vestido como un guardia local —con botones de cobre— y siempre estaba borracho. La gente se escondía de él.

Mi madre rara vez salía a cubierta y se mantenía apartada de nosotros. Guardaba silencio todo el tiempo. Recuerdo su cuerpo grande y esbelto, su rostro oscuro y férreo, la pesada corona que formaban sus rubios cabellos entrelazados. Toda ella, vigorosa y rocosa, la recuerdo como a través de la niebla o una nube translúcida desde donde, apagada, fría y fijamente, miraban unos ojos grises tan grandes como los de la abuela.

En cierta ocasión, dijo con severidad:

—¡La gente se ríe de usted, mamá!

—¡Que el Señor se apiade de ellos! —respondió despreocupada la abuela—. ¡Que se rían, es bueno para la salud!

Recuerdo la alegría infantil de la abuela al atisbar Nizhni. Tirándome de la mano, me empujaba hacia la borda y gritaba:

—¡Mira, mira, qué maravilla! ¡Ahí está, mi querido Nizhni! ¡Se ve divino! ¡Esas iglesias, míralas, parece que volaran!



Y, a punto de llorar, le pidió a mi madre:

—Variusha, a pesar de todo, mira, ¿eh? ¡Probablemente lo habrás olvidado! ¡Alégrate!

Mi madre sonreía con aire sombrío.

Cuando el vapor se detuvo frente a la hermosa ciudad, en medio del río abarrotado hasta los topes de embarcaciones y erizado por los centenares de mástiles puntiagudos, una gran barca, cargada con multitud de personas, se aproximó hasta la borda, se enganchó con el bichero a la escala que habían dejado caer y, una detrás de otra, las personas de la barca empezaron a subir a la cubierta. Delante de todos subía rápidamente un viejecito pequeño y enjuto, con un traje negro y largo, barba rojiza como el oro, nariz aguileña y ojillos verdes.

—¡Papá! —gritó mi madre con un tono profundo y alto, lanzándose sobre él mientras este, agarrándola por la cabeza y acariciándole las mejillas con sus pequeñas y rojas manos, gritaba y chillaba:

—¿Qué, tonta? ¡Ajá! Ya... ya estás aquí... Ay, ay...

La abuela abrazaba y besaba a todos a la vez, dando vueltas como un tornillo. Me empujaba hacia aquellas personas y decía atropelladamente:

—¡Vamos, más aprisa! Este es tu tío Mijailo, este es Yákov... La tía Natalia, tus primos —ambos se llaman Sasha— y tu prima Katerina. ¡Este es nuestro clan al completo, he aquí cuantos somos!

El abuelo le dijo:

—¿Está bien, madre?

Ellos se besaron tres veces.

El abuelo me sacó del apretado grupo de personas y me preguntó, sujetándome por la cabeza:

—¿Y tú de dónde sales?

—De Astracán, del camarote...

—¿De qué habla? —dijo mi abuelo dirigiéndose a mi madre y, sin aguardar su respuesta, me apartó de su lado diciendo:

—Tiene los pómulos de su padre... ¡Bajad a la barca!

Desembarcamos en la orilla y, en tropel, ascendimos una colina por una cuesta empedrada, con voluminosos cantos rodados y situada entre dos altas pendientes cubiertas de hollada hierba marchita.

El abuelo y mi madre iban por delante de todos. Él le llegaba a ella a la altura del brazo, sus pasos eran cortos y rápidos mientras que ella, mirándolo de arriba a abajo, parecía flotar en el aire. Tras ellos, en silencio, avanzaban mis tíos: Mijail, con el pelo negro y liso, enjuto, como el abuelo; Yakov, rubio y de pelo rizado; unas mujeres gordas con vestidos claros y seis niños, todos mayores que yo y completamente callados. Yo caminaba junto a la abuela y la pequeña tía Natalia. Pálida, con los ojos azules y un vientre enorme, se detenía continuamente y, sofocada, susurraba:

—¡Ay, no puedo más!

—¿Para qué te molestan? —refunfuñaba enojada la abuela—. ¡Vaya clan de zopencos!

Ninguno de ellos, ni los adultos ni los niños, me gustaron. Me sentía un extraño entre ellos. En cierto modo incluso la abuela había perdido su lustre, se había apartado de mí.

Pero, sobre todo, me desagradó el abuelo. Desde el primer momento vislumbré un enemigo en él, al tiempo que se despertaba en mí un especial interés por su persona, una temerosa curiosidad.

Llegamos al final de la cuesta. En la cima, adosada a la pendiente de la derecha, junto a la boca de una calle, había una casa achaparrada de un solo piso pintada de un sucio color rosáceo, con el techo encasquetado y bajo y ventanas prominentes. Desde la calle me pareció grande pero, ya en su

interior, en las pequeñas y apenas iluminadas habitaciones, todo resultaba angosto. Por todas partes, al igual que en el vapor a la hora de desembarcar, pululaba gente enojada, los chicuelos se agitaban como una bandada de pícaros gorriones y, por dondequiera que fuera, se elevaba un olor corrosivo y desconocido.

Me encontré en el patio. Este también me resultó desagradable: estaba completamente cubierto de enormes trapos mojados, invadido de cubas llenas de un agua espesa y multicolor. En ella también ponían en remojo trapitos más pequeños. En un rincón, en un cobertizo bajito y semidestruido, ardía vivamente la leña de un horno, algo hervía con un leve borboteo mientras una persona invisible pronunciaba en voz alta palabras extrañas:

—Sándalo... fucsina... vitriolo...

